



IRIS M. ZAVALA, *La (di)famación de la palabra. Ensayos polémicos de ética y cultura*. Ánthropos, Rubí, 2009, 207 pp. ISBN 978-84-76589-42-7.

Los seis trabajos críticos que integran esta nueva obra de Iris M. Zavala tienen como preocupación primaria la fundamentación de una ética de la lectura en el orbe de la cultura actual, caracterizada por el “descrédito de la palabra y de la memoria” (p. 11); entendiéndose el primer término en su dimensión metafórica y poética, y el segundo en su avatar histórico. Bajo estas condiciones, el antiguo ejercicio de la lectura se convierte en la contemporaneidad posmoderna, en el “capitalismo tardío neo-liberal y pragmático” (p. 43), en el reto y el aprendizaje esenciales al que se enfrentan los intelectuales en este siglo XXI.

Para la elaboración de esta ética lectora, Zavala se vale de manera extensa y reiterada de las ideas de Mijail Bajtín (al que hace años dedicó un libro) y de Jacques Lacan; dicho empleo, vale la pena notar, resulta en muchas ocasiones excesivo y redundante, y tiene el efecto de diluir las ideas propias de la autora en el magma teórico de sus citados paradigmas, amén de oscurecer de forma innecesaria su discurso, que en algunas instancias roza la ininteligibilidad. Si la claridad expositiva es la cortesía del buen filósofo, ésta no es moneda corriente en este libro de Zavala.

En la actualidad, la palabra (des-metaforizada, despojada de sus primores poéticos y de sus efectos sublimatorios) tiene usos espurios; instrumento al servicio de la violencia, la palabra se emplea hoy sobre todo para difamar, insultar o agredir (p. 11). Ante este hecho, Zavala se pregunta qué función puede tener el arte, la poesía, la lectura en general, en el contexto de una realidad intelectual determinada por el todopoderoso *marketing*, por las virtualidades de la televisión y la Internet, por el feroz consumismo individualista, por la globalización o el hedonismo pragmático, por la espectacularidad que parece regir, como ingrediente indispensable, toda iniciativa creativa. Signos todos ellos que Zavala asocia con la norteamericanización generalizada que padece el mundo occidental desarrollado. Esta asociación, junto al cuestionamiento del capitalismo y la democracia liberal, y la mitificación política de la Segunda República española, aportan a la indagación de Zavala un sesgo ideológico de izquierda.

Precisemos ahora en qué consiste la ética propuesta. Trátase, en síntesis, de una empresa estrictamente personal, alejada de todo condicionante colectivista, pero de índole civilizadora: “La ética a la que aludo nada tiene que ver con una doctrina de valores o normas que dirían dónde está el bien del sujeto. No es una ética prescriptiva, universal, sino individual, *relativa al discurso* del sujeto; ética del *Bien Decir*”, que inserta sus raíces y fundamentos retóricos en el deseo/goce y en el inconsciente del hablante (p. 15). De ahí las constantes referencias al psicoanálisis de Freud y a su relectura lacaniana que salpican casi todas las páginas del texto de Zavala (el capítulo titulado ‘Cómo leer el síntoma social’ se consagra en su casi totalidad a Lacan, haciendo un examen incisivo de su estética, método y teorizaciones, entre las que se

cuentan el texto-acontecimiento y la lectura retroactiva; dos de los soportes conforman las propuestas de la obra reseñada).

La lectura ética preconizada implica, en medida no desdeñable, la dialogía como "forma primaria de comunicación y pensamiento" (p. 25) y el enfrentamiento sustancial a los actuales mecanismos de producción y difusión culturales (en esencia, anti-dialógicos), que encubren, en el fondo, un enorme empobrecimiento intelectual, una especie de esclavitud espiritual. Se trata de enfrentar el nuevo malestar ligado a la cultura del "capitalismo tardío neo-liberal", en el que el libro, las palabras, la literatura, constituyen meras mercancías, instantáneamente intercambiables, desechables o desprovistas de toda radicalidad estética; paisaje desolador e infértil, "gran supermercado" (p. 61) de las letras que Zavala describe en estos términos:

Lectores y espectadores encuentran una pluralidad de objetos, que llaman arte pero es sólo el producto del ingenio publicitario más alienante... En este desierto donde predomina y triunfa la escritura comercializada, el *best seller*, desaparece lo poético. En la sociedad de consumo se puede empacar y vender casi todo. Pero, claro, la poesía siempre deja un resto enigmático que se presenta con el carácter de otredad y da lugar a la sorpresa; y ya sabemos que ahora la voz poética es totalmente minoritaria... La producción literaria hoy en día es considerable; pero producción y creación no son lo mismo. Esta producción masiva que no toca lo Real, la aleja de la ética. Sin metáfora y enigma, no hay literatura. Éste es el más grave obstáculo de la cultura del nuevo capitalismo (pp. 49, 51).

Que la publicidad que padecemos, con su avasalladora presencia y poder, sea capaz de fabricar de materiales endebles *obras maestras* es asunto prácticamente incuestionable; que la poesía no haya sido alguna vez, como Zavala parece sugerir, actividad de minorías, es tema a debatir, no importa si se tratase de la inmensa minoría juanramoniana. Es evidente, por otro lado, que la concepción literaria que privilegia Zavala resulta un tanto restrictiva y particular. Puede inferirse que la misma abreva en las obras de los escritores que han hecho del lenguaje la materia prima de sus obras. La lista de autores consignados es breve, aunque no conclusiva: Mallarmé, Rimbaud, Proust, Virginia Wolf, Joyce o Celan, "escrituras que vulneran la comunicabilidad, perforan la trama simbólica y traen algo imposible, asimismo se oponen al lenguaje en tanto lugar de los sentidos establecidos" (pp. 52-53); textos que intentan aprehender el silencio, esa excelsa y a veces inadvertida "forma de comunicación" (p. 54).

En el vasto supermercado de la cultura actual, el libro no es ya más que un humilde objeto de adorno, un ornamento que nadie lee, cuyas páginas permanecen mudas y han perdido todo valor de orientación en una realidad virtual caracterizada por la incesante acumulación de cosas, marcada por el "individualismo a ultranza como rechazo de lo colectivo", por la inseguridad, la violencia generalizada, los fundamentalismos, la gerontofobia y el desmedido culto a la juventud (p. 63). Visión apocalíptica, sin duda, la que se describe; tal vez excesivamente pesimista. Reflexión demasiado aficionada al vicio de la cita, a la copiosa apropiación teórica ajena (Lacan). Esta crítica expuesta se extiende con virulencia a la actual universidad como institución docente, en la que el saber se ha fragmentado en "rentables unidades académicas" (p. 117).

Mención aparte merece el último capítulo de esta obra de Zavala, titulado 'Las huellas de la memoria histórica', por su interés para el estudioso de la transición española y su legado intelectual y político. Partiendo de las ideas de Halbwachs y de Pierre Nora sobre la memoria histórica, Zavala cuestiona la ejemplaridad de la transición postfranquista y ensalza el paradigma modernizador y democrático del socialismo español y de la Segunda República española. Con lo cual propugna lo que llama una "política de la memoria" (p. 191), por medio de la cual se establezca un diálogo





con las víctimas de la Guerra Civil y se conjure, al menos parcialmente, la injusticia y el olvido histórico padecidos durante el lueggo franquismo. No rehúye este capítulo final la polémica ni la clara apuesta por una opción política determinada que, no sin ligereza histórica, aporta su granito de arena al debate ideológico en que ha devenido el estudio del franquismo y la restauración democrática en España. En ese inmenso parque temático en que según Zavala se ha convertido la Guerra Civil y sus secuelas (p. 197), la memoria histórica juega un papel de primer orden. Vale preguntarse, sin embargo, a qué criterios metodológicos o intereses políticos tal memoria responde. Ha de evitarse, pues, que la citada política de la memoria se politice y se convierta así en un instrumento más de la lucha partidista. De lo contrario, el pasado reciente de España seguirá siendo un campo de batalla ideológico del presente, y no el espejo ejemplar y crítico en el que mirarse a fin de evitar los horrores de nuestra historia.

Carlos X. Ardavín Trabanco